

Muy a principios del siglo XVI, los españoles descubrían, a 500 millas de la costa del Ecuador, un grupo de islas de origen volcánico, y les llamó la atención la gran cantidad de tortugas, o galápagos, que las habitaban y el enorme tamaño que alcanzaban aquellos reptiles, pues abundaban los que pesaban más de mil libras.

El grupo de islas fué bautizado con el nombre de Galápagos, que aún conserva. En cambio, los nombres de cada una de ellas, que eran españolas, fueron perdiendo su primitiva apelación y adquiriendo nombres ingleses, con los que se las ha venido conociendo hasta ahora, si bien el gobierno ecuatoriano, con muy buen sentido, acordó que desaparezcan los nombres ingleses, sustituyéndolos por españoles. La isla de Chatam se llama ahora San Cristóbal; la de Charles, Santa María; la de Alberalea, Isabela; Narborough, Fernandina; James, San Salvador, Abingdon, Pinta; Duncan, Pinzón; Bindloe, Marchena; Jervis, La Rábida; Hodd, Española, y las otras, Santa Cruz, Genoveva y Santa Fe.

Pronto descubrieron también los españoles que la carne de los galápagos era excelente manjar; noticia que dieron a conocer a todo el mundo, importantísimo descubrimiento en aquellos días de carne salada y galleta, y desde entonces los navegantes procuraban pasar por sus costas para hacer una buena provisión de galápagos y tener carne fresca para los largos viajes, pues estos animales viven perfectamente a bordo.

Sin embargo, dada su situación geográfica, estas islas eran muy poco visitadas; pero llegaron las flotas balleneras del siglo XIX, y yanquis e ingleses cayeron sobre aquel rincón como los buitres sobre la res muerta. Cada ballenero, al tocar en una de las islas, carga con doscientas o trescientas tortugas.

El capitán del ballenero "Apollo" describe así una caza de tortugas, en 1816:

"Después de muchos días de navegación llegamos a la isla Charles (Santa María), en donde encontramos otros dos balleneros ingleses. Fondeamos a su lado, y después de arreglar todo a bordo, saltamos a tierra. Dejando atrás la Costa Negra, así llamada por su color ceniza oscuro, nos metimos en el interior. Algunos arbolillos crecían acá y allá, y sólo en el extremo meridional de la isla encontramos un manantial de agua fresca, y empezamos a coger tortugas, las que más nos convenían; es decir, las pequeñas, que pudiésemos cargar con ellas a hombros, único medio de transporte de que disponíamos.

Allí acampamos durante una semana, dedicando casi todo nuestro tiempo a coger galápagos. Con frecuencia perdímos largas horas en encontrar las que, por su volumen, nos convenían; las había desde el tamaño de un duro, hasta una cama camera, tan enormes que, montándonos cuatro hombres en su espalda, podían llevárnos de un lado para otro, sin motivar la menor fatiga.

Su principal alimento eran las hojas de los arbustos y las plantas que allí crecen y las que el aire tumba de los árboles. Cuando les faltan hojas, se reúnen unas cuantas tortugas, se acercan a un árbol y empiezan a roer el tronco hasta

Las Islas Galápagos y sus tortugas gigantes

que consiguen tumbar el árbol.

Aunque se las ve comer con el afán de los demás animales, estos seres viven a bordo de los buques meses enteros sin probar bocado.

Trescientas tortugas llevamos al barco en aquellos días y allí las dejamos, que se las arreglaron como pudieran.

Su carne era exquisita... Esta-

ban tan gordas, que del espaldar solamente se sacaba medio cubo de grasa".

El capitán del "Greyhound" relata lo siguiente:

"En 1858 anclamos en Albermale (isabela), y las dos tercera partes de la tripulación nos fuimos a tierra y, después de instalar nuestro campamento, nos fuimos en busca de tortugas, que allí son numerosísimas. Su carne es tan deliciosa, se hacen con ella unos guisados y unas sopas, que no hay manjar que la supere. Su hígado es lo más exquisito que he comido en mi vida. Es casi tan grande como el de un buey, pero muy superior en gusto y delicadeza, prepárese como quiera.

No molestamos a los animales grandes, pues para aprovechar su carne hubiéramos tenido que matarlos allí mismo y llevar la carne a bordo, en pedazos: tan enormes eran; y nos convenía más llevar las pequeñas, que podíamos cargar con ellas.

Las grandes pesaban bastante más de media tonelada. De las más grandes que cogimos, pocas llegaron a pesar más de seiscientas libras.

Durante una semana, no cesamos ni un solo día de cazar, y cada día cogímos un ciento, aproximadamente.

Tuvimos comida para más de medio año".

Al hablar de la captura de los balleneros ingleses "Atlantic" y "Greenwich", dice el citado comodoro: "De estas dos embarcaciones cogimos tortugas que nos procuraron alimento durante mucho tiempo". Y, al ocuparse de la captura de otros dos buques ingleses, el "Georgiana" y el "Policy", dice que "al prepararse sus tripulaciones para la defensa y limpiar el puente, arrojaron al mar muchos cientos de galápagos, muchos de los cuales pudimos coger después, y nos procuraron excelente carne durante largo tiempo para toda la tripulación. Su carne, preparada en cualquier forma, es deliciosa".

Se calcula que desde el descubrimiento de las islas por los españoles hasta el año 1832 se han cogido en esas islas más de diez millones de tortugas. En esa época empezaron a habitar la isla ecuatorianos, que empezaron a dedicarse a la industria del aceite, y llevaron a ellas perros, cerdos y ratas, que han hecho entre los quelonios más destruidos que todos los balleneros y buques de guerra juntos.

Afortunadamente, se pudieron salvar algunas, y llevadas a las Seychelles, se reprodujeron fácilmente.

EL MEJOR CORRECTIVO

Antofito llegó a la escuela llevando una carta de su mamá para el maestro, que decía:

"Querido señor: Mi hijo Antonio es un muchacho muy delicado, nervioso y tímido; si es desobediente, que seguramente lo será, yo ruego a usted castigue al muchacho que esté junto a él, porque esto le afectará más que si lo castigase usted a él..."